

NOTAS PARA
LA SEGUNDA EDICIÓN

Una pareja mayor entra al restaurante donde estoy sentada: él es un anciano de orejas grandes, bolsas bajo los ojos, manchas en la piel. Sostiene la puerta para que pase su mujer, una señora canosa y coqueta que lo mira con devoción. Ambos se ven impecables.

Me recuerdan a papá y a Rita.

Se ubican enfrente, los miro.

Ella no le saca los ojos de encima, él mira para cualquier lado. Podrían ser ellos.

Entonces noto que los gestos de mi padre se sobrepunen con nitidez sobre la cara de mi vecino de mesa. Lo veo hablar, reír, mirar de costado, tomar los cubiertos.

Once años después de su muerte encuentro a mi papá sentado a la mesa de un restaurante a dos cuadras de su casa, justo cuando estoy pensando en este prólogo.

Súbitamente comprendo.

Escribí este libro apenas murió; fue mi manera de procesar el vínculo rico y complejo que tuvimos, de despedirme y rendirle homenaje.

Al poco tiempo de editarlo me quedé sin ejemplares, pasé por la situación desagradable de negarme a vender mi libro a quienes querían leerlo.

Mi sobrino Gastón Solnicki y Marina Bissone me ayudaron a reeditar esta biografía con otro formato, el mismo texto, otra selección de fotos, para que el nombre del Viejo siga vigente como él quería, no sólo entre los ajedrecistas.

También lo hago para repartir la obra a mi antojo, volver a unirme a mi papá en un proyecto.

Por él y por mí.

Vanidoso como era, si su alma está en algún lugar, seguro que aprueba esta movida.

Sin embargo, creo que el principal motivo de esta publicación es viajar un ratito más de su mano para extrañarlo menos.

Es lo que comprendí con pasmo aquella noche en el restaurante.

L.N.
Primavera de 2008

PRÓLOGO

Siempre quise escribir la biografía de mi padre. Todos los que lo conocimos coincidimos en que vivió una vida que merece ser contada. Atravesó situaciones de infierno, conoció a gente importante, renació como el Ave Fénix, pensó sabiamente y ostentó una locura de novela. De hecho, varias personas intentaron muchas veces pasar su historia a un libro. Él mismo se lo propuso y sin embargo no pudo.

Hace unos años alguien muy cercano a mí también trató de escribirlo. Eduardo es terapeuta. Su profesión de ahondar en historias estimuló a mi padre a recordar la suya. Lo entrevistó durante horas y documentó su relato respetando la expresión casi literal de su decir extranjero, que nunca abandonó pese a los muchos años en el país. Trabajó intensamente, pero como habitualmente pasa con las cosas cuando no han de ser, poco a poco y sin un motivo específico el proyecto se fue diluyendo. Hoy tengo carpetas, notas y resúmenes que él me legó para continuar con la tarea.

Un tiempo antes hubo todavía otro intento. El Viejo publicó artículos y comentarios sobre partidas de ajedrez en el diario *Clarín* durante más de veinte años. Allí conoció a un escritor con quien programó encuentros regulares para gestar su biografía. La idea era que el libro constara de un anexo con sus mejores jugadas, por lo que se agregaba a la reunión Luis Scalise, un periodista de ajedrez que sería el encargado de seleccionarlas. Pero evocar el pasado le recordaba a mi padre su tristeza y creo que ese fue el motivo por el que finalmente se suspendió la tarea.

—Para escribir un libro de mi vida hay que ser ajedrecista, porque yo pienso como jugador y el que no es un jugador piensa en otra forma —decía.

El libro se llamaría *El hijo de Caissa*.

Pero nunca nadie pudo hacerlo.

Había algo en el relato de su historia que era magnífico en su voz y que se deslucía en el papel. O quizás nos frenaba la exigencia de pensar que su vida era más y mejor que la capacidad literaria de cada uno de nosotros, o vaya uno a saber. Lo cierto es que hoy cuento con una

parva de borradores de un montón de intentos frustrados y ningún resultado acabado.

Hasta que mi padre murió.

Al regresar del cementerio, al final de la fiesta absurda que fueron tanto su velorio como su entierro, supe que ahora sí había llegado el momento de dejar un testimonio de este viejo loco, imbankable y maravilloso que finalmente y después de tanto y tantísimo anunciar su partida se había ido.

Su muerte hizo barullo. Era una persona famosa y desde que murió hasta que lo enterraron compartimos los rituales de la despedida con cámaras de televisión, diarios, reportajes y una multitud que se acercó hasta nosotros. Sin embargo, al alejarme de su tumba pensé que poco se recordaría de él dentro de unos años entre quienes fueran ajenos al ajedrez y sospeché que a mis nietos y a sus hijos sólo les llegaría quizás alguna anécdota difusa junto con una copa o una medalla oxidada de este personaje diferente y grande que los precedió en la sangre.

Y entonces decidí escribir esta historia. Para ellos que todavía no existen, desde mis cuarenta y seis años y mi lugar de hija recién orfanda, madre de dos jóvenes a punto de iniciar su vuelo.

Desde este siglo que se muere, en Buenos Aires.

I

El Viejo falleció en Málaga el 4 de julio de 1997. Viajó contrariando el consejo de todos sus médicos y actuando su decisión de esperar la muerte en el casino, ejerciendo la vida a pleno, tal como él la concebía.

–No voy a quedarme acá sentado esperando a morirme, querida –nos decía siempre–. Cuando llegue mi hora tendrán que llevarme de este mundo con cinco camiones. Irán a buscarme hasta donde esté y ojalá que me toque morir en la mitad de una partida.

Y así fue.

Se realizaba un torneo en España y él estaba en la Costa del Sol antes de seguir rumbo a Alemania en donde representaría al equipo argentino. Jugaba en el casino cuando empezó a marearse y los médicos diagnosticaron que si no lo operaban con urgencia para cambiar la válvula aórtica no sobreviviría. Era una intervención seria. Todos sabíamos que a los ochenta y siete años y con la salud deteriorada tenía pocas posibilidades de resistirla. Nos llamaron desde allá para preguntarnos a mi hermana Mirta y a mí qué hacer. Dijimos que le preguntaran a él. Decidió operarse.

–Pónganme una buena válvula –le pidió al médico antes de que lo anestesiaran y dirigiéndose a Carmen, su asistente, le encargó que nos transmitiera a nosotras que desde donde fuera que estuviera, él nos cuidaría.

Viajamos con Mirta. Subimos al avión en el mismo momento en que empezaba la operación y durante todo el viaje intentamos adivinar su estado supliendo la falta de noticias con especulaciones y adivinanzas. Cuando finalmente llegamos al hospital nos enteramos de que ya había salido del quirófano pero se encontraba muy grave. El médico nos advirtió que era prácticamente imposible que se recuperara.

–Usted no conoce a nuestro padre –contestamos simultáneamente. Insistió en que su estado era casi irreversible. Pensé: él no sabe que el Viejo es inmortal. No lo dije porque esas cosas no se dicen en voz alta, pero estaba absolutamente convencida de que saldría de esta como había salido de las otras situaciones gravísimas que atravesaba año tras año.

Sin embargo, esta vez no fue así.

Al entrar a la sala de terapia intensiva lo vimos conectado a una decena de aparatos. Estaba inconsciente, tenía un tubo clavado en el pecho y otros dos en cada brazo, un respirador en la boca y otra cánula más asomaba por debajo de las sábanas. Detrás de la cama y ocupando la totalidad de la pared, diversos aparatos dosificaban automáticamente la medicación que recibía. Cada uno de ellos hacía un sonido diferente. En el costado derecho de la cama dos pantallas mostraban la frecuencia cardíaca. Había una actividad frenética a su alrededor y por encima de todo sobresalía el ruido de su respiración, ronca, potente, porfiada.

—Es cierto que no se iría de esta vida sino llevado por cinco camiones —dijo Mirta apenas lo vimos.

No nos reconoció pero pudimos despedirnos. No sé si nos escuchó, pero le dijimos una vez más lo mucho que lo amábamos. Le agradecí el privilegio infinito de haber sido su hija y pedí perdón, a él y a mí, por las mil peleas que acompañaron nuestro estar juntos. Pocas horas después moría.

El cónsul y el embajador argentinos se pusieron a nuestra disposición y armamos un velorio telefónico y transatlántico con nuestra gente acá, en la Argentina, reunida llorando mientras nosotras estábamos allá solas, huérfanas y aturdidas. Decidimos regresar sin él e iniciamos los trámites para que envíen el cuerpo.

Un día después volvimos a Buenos Aires. Al subir al avión vimos a un señor mayor sentado por error en el lugar que nos correspondía y que, casualmente, era el mismo que había ocupado el Viejo el año anterior, cuando lo fuimos a buscar a Sevilla después de haber tenido un paro cardíaco. Aquella vez pudimos traerlo vivo.

Apenas nos ubicamos, el camarero nos acercó dos ejemplares del diario *Clarín* en cuya página central se anunciaba en una nota a todo color que había muerto el padre del ajedrez argentino. Otra vez sentí que algo mío, personal y único, era vivido en tecnicolor y a la vista de todos. Los límites entre mi dolor y su vida pública se confundían.

Recuerdo mis quince años. Yo fumaba a escondidas del Viejo, muy a escondidas. En ese momento, año 1967, su foto salió en la tapa de la revista *Primera Plana*. Yo caminaba por las calles con mi cigarrillo prohibido en la mano y él me vigilaba desde cada quiosco. ¿Dónde esconderme?, ¿cuál era el lugar de lo mío al que él no tuviera acceso?

Al leer la nota de *Clarín*, Mirta y yo tomamos conciencia, casi por primera vez, de que efectivamente el Viejo estaba muerto. Empezamos a llorar. Justo entonces se acercó el camarero. Esta vez llevaba una bandeja con copas de champagne y sin motivo aparente (ya que el avión esta-

ba detenido y no había habido ningún movimiento) volcó íntegramente el contenido sobre nosotras. Después de un primer momento de estupor, el llanto se nos transformó en carcajada. El camarero se disculpó una y mil veces hasta que Mirta lo interrumpió:

–No se preocupe. No fue usted, es nuestro padre que lo acaba de empujar.

Se me confunden los límites.

Nos dispusimos a esperar que llegara el cuerpo desde España. Cuatro días después avisaron que arribaría el jueves a la noche. Lo velamos en el Club Argentino de Ajedrez.

El ejército le había otorgado un año antes una cruz al mérito civil, por lo que decidieron enterrarlo con honores de general. Sentí mucha rabia al saber que un ejército antisemita, que en los horrores de la represión castigó con especial crueldad a los judíos, deseaba velar con honores a un hombre que había perdido a toda su familia en el Holocausto. Otra vez su opinión y la mía chocaban. Él había aceptado esos homenajes en vida, lo que en su momento fue motivo de una discusión entre nosotros.

–Así los militares van a tener que cuadrarse cuando un judío pase frente a ellos –me explicó por entonces.

Nos ofrecieron una guardia de Patricios para escoltar el ataúd. Pese a que me resultaba absolutamente desagradable, sabía que a él le encantaría. Así que con los Patricios, las flores, la gente y las cámaras de televisión nos dispusimos a velarlo.

Pero entonces el aeropuerto se cerró por mal tiempo, el avión no pudo llegar y el velorio se suspendió hasta nuevo aviso. Otra vez la carcajada se me impuso al llanto. Viejo zorro, ni aun después de muerto dejás de hacer quilombo.

Cuando al fin aterrizó el avión, un día después, empezó el velatorio. En realidad parecía una fiesta o un torneo más. Sobre el féretro alguien armó un tablero con la variante que lleva su nombre. Rodeando el cajón se colgaron las fotos de toda su vida en las que se lo veía junto a diferentes personajes. En el primer piso del club se jugaban partidas usando su apertura.

Me enteré de que el jefe del ejército estaba por llegar para darnos su pésame y de que el ministro del Interior quería hablar en el cementerio para despedirlo. Me opuse, no quería sus condolencias. Pero mientras decía que no, podía escuchar la voz del Viejo reprendiéndome. De nuevo estaba desobedeciendo su deseo; ni aun después de muerto podía dejar de pelearme con él.

Los primeros recuerdos que tengo con mi padre son peleándonos. Yo aterrorizada y desafiante y él gritándome con los ojos enrojecidos de rabia. Me moría de miedo. Escondida detrás del delantal siempre seguro de Servanda, la señora que nos criaba, en la cocina del departamento de Viamonte, trataba de protegerme de sus palizas sin dejar de provocarlo.

–No le contestes –decía mi mamá entre el griterío.

–No le contestes –repetía mi hermana, tan asustada como yo pero muda. Y mis tíos y todos los que presenciaban las peleas me decían “callate, dejalo, no sigas”. Y yo trataba de no contestar, lo intentaba pero no podía evitarlo. Sin decidirlo escuchaba de mí una respuesta que lo enfurecía aún más y le transformaba la cara.

Nunca pude callarme. Siempre sentí que era él o yo, que no había lugar para el deseo, la opinión, la voluntad de los dos. O me rebelaba o desaparecía. Nos llevó años aprender a llevarnos mejor. Y casi lo conseguimos, aunque no del todo. Siempre me indignaron sus incoherencias; y a él, mis abstracciones.

–No pisás la tierra –me acusaba, y yo de verdad jamás entendí a qué se refería.

Me enfurecía verlo despótico, absoluto y en cuanto intentaba explicar el porqué de alguna de mis negativas, explotábamos en un escándalo a la italiana.

Pero no duraba mucho. Ninguno de los dos éramos rencorosos y pronto los besos y abrazos suplantaban a las peleas, ahogándome con la misma presión, sólo que en la dirección contraria.

Sus demostraciones de afecto estaban del otro lado de las disputas y eran tan ruidosas como aquellas.

–Miguel, dejala –intercedía mi mamá con el fin de rescatarme cuando él se acercaba a mí con juegos bruscos o cosquillas torturantes.

Era tan arbitrario con sus cariños como con sus enojos. No importaba si yo quería besarlo, jugar con él o acompañarlo al cine. Cuando él decidía algo, él lo decidía y eso debía ser suficiente.

Durante años, cada vez que subíamos al auto repetía un mismo chiste que yo odiaba:

–Dame un beso –pedía, y si yo me demoraba en complacerlo, antes aun de que tuviera tiempo para llegar hasta donde él estaba, insistía–: Si no me das un beso, grito –y entonces sacando la cabeza por la ventanilla vociferaba–: Liliana tiene la bombacha sucia.

Corría a besarlo muerta de vergüenza mientras él lo festejaba a carcajadas. Años después repetía lo mismo con su nieta. Era un chiste que lo divertía. A él.

Evidentemente mi papá fue un hombre diferente. Quizás para todas las hijas sus padres lo sean, pero en este caso su diferencia me era confirmada por los diarios, los amigos, los desconocidos que se acercaban a relatarnos sus anécdotas sin que el Viejo supiera de quiénes se trataba.

–¿Vos lo conocés? –me preguntaba cada vez que alguien lo saludaba.

–Obviamente no.

–Yo tampoco –cerraba vanidoso.

Sin embargo, decir que fue un ser exagerado me resulta insuficiente. Busco sinónimos que me ayuden a definirlo y en esas palabras lo encuentro: apasionado, desproporcionado, ostentoso, gigantesco, extraordinario, abrumador, maravilloso. Sabio.

Debo de haberme contagiado su desmesura porque no puedo elegir y siento que le caben cada uno de estos adjetivos.